

A propósito de...

BEATIFICACIÓN DE JUAN PABLO I EL 'PAPA DE LA SONRISA'



Albino Luciani, nombre de nacimiento de Juan Pablo I, se va a convertir en el sexto papa del siglo XX que será incluido en la lista de beatos. Cuatro pontífices del pasado siglo ya han sido canonizados: Pío X (1903-1914), Juan XXIII (1958-1963), Pablo VI (1963-1978) y Juan Pablo II (1978-2005).

Juan Pablo I nació en 1912 en la provincia italiana de Belluno. A los 16 años ingresó en el seminario gregoriano de esta misma provincia, del que fue nombrado vicerrector en 1937. Albino Luciani permaneció en este cargo hasta 1947, y durante ese tiempo se dedicó también a la docencia en teología dogmática y moral, derecho canónico y arte religioso.

El Papa Juan XXIII lo nombró obispo de la diócesis de Vittorio Veneto en 1958 y Pablo VI, patriarca de Venecia en 1969. Ascendió al cargo cardenalicio en 1973, y solo 5 años después –en 1978– era elegido el Pontífice número 263 de la Iglesia Católica.

El 26 de agosto el humo blanco salió por la chimenea del Vaticano, aunque tan solo 33 días después, Juan Pablo I murió repentinamente, dejando tras de sí uno de los pontificados más cortos de la historia.

El milagro atribuido a Juan Pablo I es la curación de una niña argentina, Candela Giarda, a quien a los 11 años le diagnosticaron encefalopatía inflamatoria aguda severa, enfermedad epiléptica maligna y shock séptico. En julio de 2011, los médicos que la atendían le explicaron a su madre, Roxana, que la niña ya no tenía expectativas de vida y que no pasaría de esa noche. Candela estaba en estado vegetativo y su cuadro clínico era muy grave. El sacerdote de la parroquia a la que pertenecía el hospital propuso rezarle a Juan Pablo I, del que era devoto, por la curación de la pequeña. A la mañana siguiente, Candela mostró una ligera mejoría. En agosto salió de terapia intensiva y para el final del verano ya había abandonado la clínica en la que estaba ingresada. Después comenzó su rehabilitación: casi un año en posición fetal, tuvo que volver a aprender a comer, caminar, hablar... En el año 2013 cedieron las convulsiones y le fue retirada la medicación. Un año después, recuperó por fin el habla y la memoria.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENNI

La Buena Noticia de la semana

4 DE SEPTIEMBRE 2022

XXIII. DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Año XIV. nº: 784



Palabra de Dios:

Sabiduría 9,13-18.

¿Quién comprende lo que Dios quiere?

Salmo 89.

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

Filemón 9b-10.12-17.

Recíbelo, no como esclavo, sino como hermano querido.

Lucas 14,25-33.

El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

Comentario al Evangelio:

¿QUÉ HACER ANTE EL DOLOR?

Tarde o temprano, a todos nos toca sufrir. Una enfermedad grave, un accidente inesperado, la muerte de un ser querido, desgracias y desgarros de todo tipo, nos obligan un día a tomar postura ante el sufrimiento. ¿Qué hacer?

Algunos se limitan a rebelarse. Es una actitud explicable: protestar, sublevarse ante el mal. Pero, por lo general, esta reacción intensifica todavía más el sufrimiento. La persona se crispa y exaspera. Es fácil terminar en el agotamiento y la desesperanza.

Otros se encierran en el aislamiento. Viven replegados sobre su dolor relacionándose sólo con sus penas. No se dejan consolar por nadie. No aceptan alivio alguno. Por ese camino la persona puede autodestruirse.

Otros adoptan la postura de víctimas y viven compadeciéndose de sí mismos. Necesitan mostrar sus penas a todo el mundo: «Mirad qué desgraciado soy.» «Ved cómo me maltrata la vida.» Es una manera de manipular el sufrimiento, que nunca ayudará a la persona a madurar.

La actitud del creyente es diferente. El cristiano no ama el sufrimiento, no lo busca, no lo quiere ni para los demás ni para sí mismo. Siguiendo los pasos de Jesús, lucha con todas sus fuerzas por arrancarlo del corazón de la existencia. Pero, cuando es inevitable, sabe «llevar su cruz» en comunión con el Crucificado.

Esta aceptación del sufrimiento no consiste en doblegarnos ante el dolor porque es más fuerte que nosotros. Eso sería estoicismo o fatalismo, pero no actitud cristiana. No se trata tampoco de buscar «explicaciones» artificiosas considerándolo todo castigo, prueba o purificación que Dios nos envía. Dios no es ningún «sádico» que encuentra un placer especial en vernos sufrir. Tampoco tiene por qué exigirlo, como a pesar suyo, para que quede satisfecho su honor o su gloria.

El cristiano ve en el sufrimiento una experiencia en la que, unido a Cristo, puede vivir su verdad más auténtica. El sufrimiento sigue siendo malo, pero precisamente por eso, se convierte en la experiencia más realista y honda para vivir la confianza radical en Dios y la comunión con los que sufren.

Vivida así, la cruz es lo más opuesto al pecado. ¿Por qué? Pecar es buscar egoístamente la propia felicidad rompiendo con Dios y con los demás. «Llevar la cruz» en comunión con el Crucificado es exactamente lo contrario, pues es abrirse confiadamente al Padre y solidarizarse con los hermanos, precisamente en la ausencia de felicidad

José Antonio Pagola

Pensamiento Hospitalario:



"Firmes y valientes, seguid a Jesús en la abnegación de vosotras mismas".

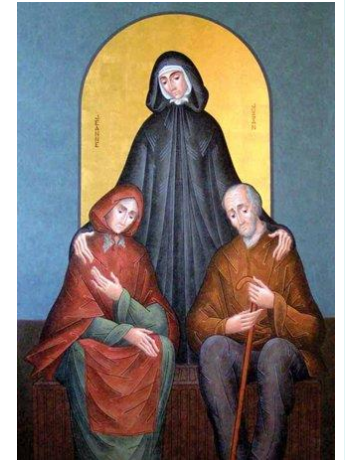
San Benito Menni. (c.654)

Espiritualidad y Oración:

30 AGOSTO

SANTA JUANA JUGAN

FUNDADORA DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES



Nació en Petit Croix, Cancale (Bretaña francesa). La casa de Juana era muy pobre, el padre era pescador de bacalao, y lo perdió muy pronto. A los 16 años se colocó de ayudante de cocinera en una familia de los alrededores. Ingresó como miembro de la Orden Tercera del Admirable Corazón de María de san Juan Eudes, donde fue adquiriendo experiencia religiosa. A los 25 años, fue a Saint-Servan, y durante seis años sirvió a 300 niños pobres; aquí cambió su verdadero apellido Joucan, por Jugan. Trabajó como enfermera en el hospital del Rosais. En 1823 pasó al servicio de la señorita Lecoq, con quien vivió doce años como amiga y colaboradora, dedicándose a visitar a los pobres y educar a los niños. Muerta su amiga, Juana alquiló una casa en Saint-Servan con su amiga Francisca Aubert. Aquí en el invierno de 1839, la anciana Anne Chauvin, ciega y parálitica, pidió y obtuvo asistencia. Desde aquel momento Juana tuvo clara la misión que Dios le confiaba; dedicarse a los ancianos pobres.